

damento alguno en la realidad. Antes deberá decirse que este poderoso adalid de las doctrinas católicas, en el terreno político social, fué precisamente tan poderoso en defenderlas, triunfando de sus adversarios hasta el punto de reducirlos al silencio, porque esgrimió las armas de la razón y de la lógica con maravilloso é inusitado vigor. El nervio de su elocuencia no era ciertamente la retórica artificiosa, sino la dialéctica irresistible; el valor de sus juicios no les venía de ser suyos, sino de ser verdaderos y estar fundados en premisas incontrovertiblemente ciertas; y la fuerza de sus sentencias, condenatorias siempre de los errores liberales y socialistas, lejos de ser arbitrarias, resultan evidentemente del proceso que les instruyó en sus discursos. En cuanto á su «luz intuitiva de iluminado»<sup>1</sup> y á su mirada sobrenatural de Profeta», conceptos son del todo gratuitos, con que, exagerada sin medida la potencia intelectual de Donoso hasta convertirla en conocimiento profético de lo futuro<sup>2</sup>, se la expone inadvertidamente á la burla y á la rechifla de sus enemigos, haciéndoles al mismo tiempo desconocer ú olvidar lo que había de verdaderamente grande y maravilloso en los juicios de Donoso Cortés acerca de las cosas que están por venir: conviene saber, las razones históricas en que los fundaba, valiéndose de la inducción natural y del conocimiento profundo de los hombres y de las cosas.

Confesémoslo, pues, sinceramente en obsequio de Do

1 «Descartando de Donoso—dice D. Alejandro Pidal—el iluminismo teosófico de Saint Martín...» Aquí me parece bien advertir que en las obras de Donoso no hay huella alguna, ni aun levisima, del perverso iluminismo de este sectario, continuador del famoso Jacobo Boheme, que corrompió la verdadera Mística tornándola en protestante, racionalista y absurdamente visionaria. Del mismo Saint Martín dice el Sr. Pidal «que consideraba á la revolución como un decreto divino para acabar con la iniquidad del Altar y del Trono». No hay, pues, que descartar de Donoso Cortés especie alguna, ni aun sombra siquiera de los delirios iluministas de Saint Martín.

2 Es de advertir, que en algún otro lugar de su estudio sobre Donoso Cortés, el Sr. Pidal atribuye las predicciones de Donoso Cortés á su «fantasía adivinadora», olvidando sin duda que en el conocimiento profético del porvenir que le atribuye no tiene parte alguna la fantasía, y que en general la imaginación, como potencia meramente sensitiva, común á los animales, no es capaz de adivinar nada.

noso Cortés, gloria justísima de España, y sobre todo en obsequio y para gloria de Dios: desde el día de su conversión sobrenatural, todo en él es hermoso y fecundo, sus obras y sus palabras, su vida y su muerte, y después de su muerte sus escritos imperecederos. En ellos, como en los del gran De Maistre, de Augusto Nicolás, de Gœrres y de otros insignes seculares, se han formado en parte y seguirán formándose los nuevos campeones del derecho y de la civilización cristiana, los cuales es de esperar que continúen en la serie de los siglos la raza esclarecida de los grandes apologistas. Por nuestra parte, creemos humildemente ayudar á esta sagrada causa publicando de nuevo las obras de uno de los más ilustres publicistas del presente siglo; porque sobre honrarle de esta suerte con el más hermoso monumento que puede erigirse á su memoria, ó sea con sus inmortales escritos, ofrécese en ellos, á los que son llamados de Dios á combatir por la misma sagrada causa en el campo en que luchó Donoso, las armas de mejor temple y más probadas contra los errores modernos. No dejará ciertamente de ser, por otra parte, edificante el espectáculo magnífico de un ingenio portentoso que, desatado por la misericordia divina de los vínculos que le tenían cautivo, se eleva en alas de la fe y de la Teología sobre todo lo que es temporal y terreno, surcando majestuosamente las regiones del cielo, desde las cuales pudo ver con serena y purísima mirada los derroteros de la política española.

Permítaseme ahora decir algunas palabras sobre el plan que me ha parecido conveniente seguir en esta publicación.

## II

Dos son las ediciones de las obras de D. Juan Donoso Cortés en España: una de ellas la del año de 1848 (establecimiento tipográfico de D. Ramón Rodríguez de Rivera, editor), intitulada *Colección escogida de los escritos*

objeto de estudio, sino la obra que hizo, la sana doctrina que expuso y demostró con razones sólidas; y en suma, deben mostrarse ante todo los destellos de la sabiduría cristiana, que acertó á reflejar por modo espléndidamente hermoso en sus inmortales escritos.

He preferido, pues, al orden cronológico riguroso que usó en su excelente edición D. Gabino Tejado, el orden de superioridad y excelencia, que en este caso consiste en empezar por lo verdaderamente grande y selecto de las obras de Donoso Cortés, ó sea por las de la segunda época de su vida, para concluir por las de la época primera de ella, en la cual procedió el ilustre publicista guiado sólo de su razón, no auxiliada debidamente de la suprema luz que después hubo de guiarle en el estudio y consideración de las cuestiones políticas y sociales. De esta manera, transportado el lector desde el principio á las cumbres altísimas de la sabiduría á que ascendió este nuevo Dante con el auxilio de la misma Beatriz—símbolo de la Teología en la *Divina Comedia*,—le será fácil contemplar y ver en las obras que vienen después la flaqueza de la razón y la escasa y mortecina luz que la ilumina, aun en aquellos ingenios que más descuellan por su extraordinaria fecundidad y agudeza.

Fuera de esa variación en el orden de dichas dos épocas, dentro de cada una de ellas se guardará el orden del tiempo en que fueron publicados los respectivos escritos, según la edición de Tejado, conservando además lo que en ella ha puesto la amiga y diestra mano de este ilustre editor, conviene, á saber: su excelente *Noticia biográfica* de Donoso Cortés, y aquellos apéndices, advertencias y notas que tuvo á bien añadir y que eran convenientes para la mejor inteligencia del texto.

Además de los escritos de D. Juan Donoso Cortés que constan en la edición de Tejado, hay algunos otros del mismo autor que no aparecen en ella. Estos últimos pueden dividirse en dos clases, á saber: los que ya han sido publicados, y los escritos inéditos. Así, en la *Colección*

*escogida* publicada el año de 1848 se lee la *Relación histórica del origen, progreso y definitivo resultado de la cuestión de la tutela de S. M. D.<sup>a</sup> Isabel II y de la Serma. Sra. Infanta D.<sup>a</sup> María Fernanda*, la cual no halló lugar en la edición de Tejado. En la edición actual se la verá reimpressa. Además, así entre las *Oeuvres de Donoso Cortés* precedidas de una introducción de M. Veuillot (París, 1858), como en la obra *Deux diplomates* que hemos mencionado arriba, se contienen preciosas cartas de nuestro insigne autor que pensamos asimismo publicar traduciéndolas del francés al castellano, especialmente las de aquella colección, pues en ésta hay varias que se refieren á materias ya tratadas por el autor en otros lugares, y que no hay, por tanto, necesidad de reproducir. Por último, en la edición francesa se incluyeron bajo el nombre de *Pensées divers* los breves, pero preciosos pensamientos del Marqués de Valdegamas, que en forma de artículo publicó el periódico católico de Madrid *La Regeneración*, á quien hubo de comunicárselos el Sr. D. Gabino Tejado.

Respecto de los escritos inéditos de nuestro insigne autor, tenemos ante los ojos la copia de los manuscritos que conserva D. Manuel Donoso Cortés, venerable anciano que desea gozar el consuelo de ver acabada antes de morir esta nueva y completa edición de las obras de su ilustre hermano. Publicarémoslos, pues, en su lugar oportuno, que no puede ser ciertamente el principal, y previas las indicaciones necesarias.

Sin merecimiento alguno de mi parte, he sido honrado por este cristiano caballero—en quien se ven retratados el espíritu y la virtud del gran Donoso—con el encargo, arduo y difícil ciertamente, de dirigir la presente publicación. Yo carezco á la verdad de las dotes especiales que pide tan delicada y prolija empresa; faltame asimismo el tiempo que se llevan tras sí en el curso ordinario de mi vida, que camina rápidamente á su fin, otras atenciones más urgentes y precisas; y así no será extraño que resul-

ten lagunas é imperfecciones. Lo cual no es, sin embargo, parte para desalentarme ni hacerme desistir de la empresa; al fin se trata de erigir en honor de una de las mayores glorias católico-literarias de España un monumento digno de su fama, construído con oro puro y piedras preciosas, primorosamente bruñidas, en que se reflejan las líneas y contornos principales de la ciudad de Dios: ¿qué importa, pues, que en la ordenación, por decirlo así, mecánica de esta fábrica, se noten algunos defectos y se echen de menos algunos remates que la hicieran más acabada y perfecta? Atribuyánseme, por tanto, á mí solamente todas las faltas que hubiere, aunque sin negárseme por esto el honor de haber contribuído de algún modo con intención recta á la gloria de Dios, que con tan hermoso fulgor resplandece en las admirables producciones del Marqués de Valdegamas.

*J. M. Orti y Lara.*

## NOTICIA BIOGRAFICA

Et cum iter faceret, contigit ut appropinquaret Damasco: et subito circumfulsit eum lux de coelo.

Act. Apost., cap. IX, v. 3.

I  
Don Juan Donoso Cortés vino al mundo cuando entraban á tomar posesión de nuestra patria las ideas francesas, que ya desde fines del siglo XVIII habían obtenido carta de naturaleza y benévolo hospedaje en la corte de Carlos III. Los ejércitos de Napoleón acababan de invadir la provincia de Extremadura, y en son de conquista ocupaban las fértiles regiones donde se mecía la cuna de Hernán Cortés. Entre los moradores del territorio ocupado que abandonaron sus hogares á la merced del invasor, contábase D. Pedro Donoso Cortés, descendiente del héroe extremeño, en compañía de su esposa D.<sup>a</sup> Elena Fernández Canedo, la cual se hallaba en el término ya de su segundo embarazo; circunstancia que les obligó á detener su marcha de fugitivos en su heredad de Valdegamas, situada á cuatro leguas de Don Benito, pueblo de su residencia. Bien pronto la joven esposa, acometida en medio del campo por los primeros síntomas de su alumbramiento, fué precipitadamente conducida al próximo pueblecito, llamado el Valle de la Serena. Allí nació en 6 de Mayo de 1809 D. Juan Donoso Cortés. "Había en la parroquia del Valle—dice con exactitud su ilustre biógrafo, el Sr. Conde de Montalembert—una imagen muy venerada de la santísima Virgen, bajo la advocación de Nuestra Señora de la Salud. La joven madre quiso que su recién nacido fuese ofrecido en el altar de aquella imagen, y que llevase su nombre. Recibió en el Bautismo los de Juan Francisco María de la Salud., Pudiera añadirse que el piadoso instinto materno quiso poner aquella cuna

del Excmo. Sr. D. Juan Donoso Cortés, y la otra, la que hizo el año de 1854 el eminente publicista y literato D. Gabino Tejado. Consta la primera de dos solos volúmenes, y comprende únicamente los escritos escogidos del Marqués de Valdegamas hasta 1847, incluso los brillantes artículos que ese mismo año publicó en *El Faro* bajo el título de *Pío IX*.

Sobre esta edición conviene notar lo que al principio del volumen primero de sus obras escogidas declaró su mismo autor, diciendo estar «resuelto á seguir *nuevos rumbos y derroteros* en las ciencias sociales y políticas»; añadiendo que su intento al publicar aquella colección era «señalar en un tiempo mismo el *término de una época* importantísima de su vida, y el *principio de otra* que había de ser no menos importante». Donde sin duda dejó ya entrever que la época primera de su vida político-literaria, sombreada y contaminada en la atmósfera que respiró en ella, era ya acabada; pero que habiendo visto la aurora del nuevo día que brillaba ante su espíritu, proponíase emplear dichosamente esta otra época, siguiendo los derroteros que en las ciencias políticas y sociales indica al publicista católico la sagrada Teología, en que Proudhon se quejaba de tropezar cuando trataba de cualquiera cuestión política. Entre una y otra época hay verdadera solución de continuidad: están divididas por un muro de bronce que las separará perpetuamente una de otra. Justo es, sin embargo, advertir que, en esa primera colección de las obras escogidas de Donoso Cortés, no todo pertenece á la primera época: el *Pío IX* es claramente de la segunda, pues ya en este hermoso escrito empieza el águila á volar libremente en las regiones de la luz. Su autor, sin embargo, la puso en dicha colección, bien para rematarla con este áureo remate, ó bien porque todavía no la tuviera por fruto maduro del nuevo espíritu que había de circular con más vigor en sus producciones ulteriores.

Unas y otras, así las que nacieron en la primera época

como las que vieron la luz en la segunda, las comprendió D. Gabino Tejado en los cinco volúmenes de su colección, presentándolas por el orden cronológico en que fueron sucesivamente escritas, desde el discurso de apertura del Colegio de Humanidades de Cáceres en Octubre de 1829, hasta las cartas políticas acerca de la situación de Francia en 1851 y 1852, con la sola excepción del ensayo épico *El cerco de Zamora*, con que termina el volumen V, no obstante haber sido publicado este ensayo el año de 1833.

La razón que movió á nuestro amigo á seguir ese método, la hubo de alegar él mismo con su ordinaria perspicuidad y elegancia en el prólogo del editor, por estas palabras: «En la vida como en los escritos de Donoso, lo que principalmente se nos ofrece es la historia de un alma, cuyo último capítulo, que es lo que el desenlace al drama, lo que el hogar de reposo al viajero fatigado, lo que la consecuencia á la premisa, contiene la historia de lo que el mismo Donoso, en testimonio de humildad (*la humildad es la verdad*), llamaba su conversión. Necesario es, por tanto, y como necesario conveniente, ver todo el drama, para sentir con su desenlace; seguir en su peregrinación al viajero, para gustar con él y como él el reposo de sus hogares; estudiar, en fin, con gran detenimiento las premisas, para entender bien y abarcar de lleno las consecuencias.»

Pero esa necesidad que ve mi ilustre amigo, yo por mi parte no la veo; porque como ya he dicho, entre las dos épocas de la vida de Donoso Cortés hubo verdadera solución de continuidad, que no permite considerar á la primera como premisa de la segunda, ni por consiguiente á la segunda como consecuencia de la primera. Entre una y otra está el abismo de la divina misericordia, que las separa á entrambas con una distancia mayor que la que media entre el cielo y la tierra. Demás que en las obras del Marqués de Valdegamas, como en las de todo autor cristiano, no debe parecer el autor mismo como